

A photograph of a man with a mustache, wearing a striped shirt, reading a book. The background is a dark, textured wall with a classical architectural element. The text is overlaid on the right side of the image.

FRANCISCO
AYALA
Y EL MUNDO CLÁSICO

Inmaculada López Calahorro

eug

PRESENTACIÓN

Adelanto que me siento especialmente satisfecho de enhebrar estas palabras liminares para el presente libro de Inmaculada López Calahorro por cuanto, de alguna manera y sin pretenderlo, estoy vinculado a su origen, tal como cuenta la autora en la introducción. La historia a este respecto es bien sencilla: Inmaculada López Calahorro, deslumbrada por la lectura de las obras literarias de Francisco Ayala —no en balde deja dicho que se trata de una obra magnífica y serena— y movida por el deseo de celebrar ese encuentro dando cuenta en un trabajo de lo que su mirada, conformada por el estudio de la Filología Clásica, comenzaba a descubrir y a relacionar, tenía dudas respecto del interés y posibilidades de los resultados de su indagación en el conjunto de los estudios ayalianos y me pidió opinión. Yo lo único que hice fue despejarle esas dudas, celebrar la conveniencia de su proyecto y afirmarla en su pretensión.

Una vez vistos los resultados, el lector comprenderá mi satisfacción, ya que, además, no estamos tan sobrados de lectores expertos que puedan aportar la lámpara de su inteligencia y especialización a la hora de comentar, explanar, interpretar y valorar una obra tan calculada en el proceso de elaboración, tan variada y de claves tan complejas y de tan alta densidad de significación como la de Francisco Ayala. Así pues, si entre todos sabemos todo o, mejor dicho, si entre todos somos menos ignorantes, vale decir que entre

hispanistas, teóricos de la literatura y de la literatura comparada, filólogos —aquí y ahora sin adjetivos— y, entre otros especialistas, sociólogos podemos conocer mejor la plural obra de nuestro centenario escritor granadino, una obra que, en efecto y como queda demostrado en el presente libro, no sólo está vinculada *velis nolis* al universo del mundo clásico, ya sea de modo consciente como de manera no consciente, sino que ella misma participa de algún modo de lo que, entre nosotros, damos en llamar clásico, al tratarse de una obra que mantiene un equilibrio razonable y se orienta a cierto ideal de perfección en su factura, tal como ha perseguido Ayala — así lo afirma en la introducción del libro *Las plumas del fénix. Estudios de literatura española*, de 1989— su deseo preferente ha sido conseguir relatos imaginarios de alguna perennidad frente al resto de su obra disciplinar y ensayística:

mi vocación y principal empeño han estado dirigidos siempre hacia la prosa narrativa. El cultivo de relatos imaginarios me ha procurado la mayor satisfacción, y en este género creo haber producido obras dotadas de alguna perennidad.

Su obra es, en consecuencia, clásica al haber resultado consagrada —y ser a su modo modélica— por lectores y críticos, además de por poseer en su conjunto un sentido de madura plenitud.

Estamos, pues, ante un estudio de un clásico vivo de nuestras letras en relación con los clásicos de nuestra cultura. Estamos ante un clásico también en el sentido en el que hace suyo nuestra autora cuando a este propósito ofrece algunas de las razones que expone Italo Calvino en su *Por qué leer a los clásicos*. Si tenemos en cuenta, como afirma Calvino, que «es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo» y que, en todo caso, la actualidad «es el punto donde hemos de situarnos para mirar hacia delante o hacia atrás», obras de Ayala como *Los usurpadores* o *La cabeza del cordero* —objeto de un minucioso análisis comparado en el estudio que sigue en relación con

la obra épica de Lucano—, ambas de 1949, confirman la conveniencia de aplicar ese adjetivo a su obra de invención literaria, pues en ellas toma en cuenta para las historias de sus relatos allí agrupados la experiencia de la guerra civil, desprovista de todo elemento anecdótico, y aspectos de la historia de España sobre los que, a decir del escritor, proyectar las angustias de su tiempo y reflexionar desde el plano estético sobre lo que supone el ejercicio del poder: el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo, viene a decir Ayala, supone una forma de usurpación. Todo ello en una escritura reflexiva y responsable, de hondo calado moral por lo que supone de meditación creadora sobre la radical condición humana. Esto explica, como he dejado escrito en *El pensamiento vivo de Francisco Ayala (Una introducción a su sociología del arte y crítica literaria)*, que nuestro escritor reconozca en la obra de arte una dimensión cognoscitiva y considere que las obras literarias, desprovistas de toda urgencia y aplicación instrumental, puedan cumplir con la función social de buscar la radical autenticidad del ser humano a través de una interpretación directa y sin compromiso de la concreta coyuntura en que se encuentran con vocación de perdurabilidad, obteniéndose así en los lectores las consecuencias que fueren, dado que las creaciones literarias juegan un decisivo papel formativo en la realidad de la vida humana, un papel que no se limita a la introducción de personajes de ficción que encarnan un valor universal, sino que indaga en la condición de la vida humana y busca respuestas acerca del sentido de la existencia.

Pero no sólo es un clásico vivo, sino que también resulta clásico en aspectos básicos de su modo de concepción de algo más que la literatura, esto es, de su concepción de la poiesis o radical capacidad humana de creación y de la ficción verbal, dominio de toda literatura, tal como se deduce de la lectura de su ensayo *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, de 1970, en el que, por ejemplo, recurre a la idea aristotélica de mimesis —relacionada con ella también está obviamente la de verosimilitud—, si bien ésta, a decir de Ayala, no implica copia fiel de los aspectos sensibles de la realidad, sino su

reproducción creativa en la esfera de lo imaginario, al definir la obra como una configuración de lenguaje imaginario que constituye un ámbito cerrado en sí mismo, pese a las indispensables referencias al mundo exterior —la lengua y objetos y situaciones de la realidad práctica— que permiten el acceso a la obra y llegar a entenderla. Aquí radica, como resulta obvio, su concepción de la literatura como una forma de conocimiento y este planteamiento básico explica de igual modo el cultivo y defensa que hace del modo realista de escritura, revaluando siempre la esfera imaginaria de la obra, la forma poética y el hecho de que ésta preserve las experiencias humanas. De ahí que participe acto seguido de la famosa dualidad horaciana *docere / delectare*. Para Ayala, el enseñar y deleitar a un tiempo es un efecto que se produce por consistir la obra de creación en un dispositivo de palabras que, mediante sugestivos procedimientos, encierra el núcleo de lo intuido en una estructura fija que invita a reproducir en la conciencia del lector intuiciones análogas.

Queda por lo tanto más que justificada la necesidad y conveniencia del presente estudio intertextual, intratextual y comparado de Inmaculada López Calahorro y resulta muy recomendable su lectura por cuanto el mismo, con su atención puesta en ese pasado cultural clásico que alcanza su inevitable existencia en nuestro presente, en este caso en el duradero cristal de la obra de Francisco Ayala, proporciona al lector una mejor comprensión de su literatura y, en ella, de nuestro propio tiempo. Al fin y al cabo en las prácticas discursivas literarias y, en general, de cultura nada surge de la nada. La ansiada originalidad tiene, pues, sus límites. En concreto, en el dominio de la creación literaria, los textos entran en inevitable relación con otros textos, con otros códigos y con otras prácticas de cultura literaria o no literaria. La antigua indagación positivista de fuentes e influencias no hace más que atestiguarlo, indagación que en todo caso otorgaba un alto protagonismo el autor y su biografía o su psicología. Sin embargo, los actuales estudios de la intertextualidad, en los que se ubica el trabajo de Inmaculada López Calahorro, resultan eficaces a la hora de esclarecer lo que

puede ser una cualidad de todo texto o bien la de un texto particular y sus múltiples relaciones presentes de determinada manera en el mismo, relaciones que pueden ser externas e internas, propias de la literatura o no, mostradas como citas o alusiones, marcadas o no, que no hacen sino ratificar que todo texto es en efecto un mosaico de citas que absorbe y transforma otros textos y un lugar de cruce de lenguajes y voces, esto es, un espacio dialógico que articula pasado y presente revelando su orientación social. Por esta razón, la erudición presente en el estudio que sigue es antes que nada un fruto para enriquecer nuestra comprensión de la creación literaria de Francisco Ayala, al tiempo que viene a demostrar que la originalidad consiste, como el propio Ayala plantea en *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, en el modo como la individualidad creadora consigue manifestar a través de la palabra y del uso de elementos comunes a una cultura su singular visión del mundo.

Espero que se comprenda ahora la necesidad de este trabajo a la que hacía referencia más arriba y se reconozca y valore la dificultad que encierra su elaboración no sólo por el volumen de lecturas que conlleva —el dominio de su ocupación es el conjunto de la obra literaria de Ayala, con estudios particulares de sus principales obras—, sino muy especialmente por lo que la mirada lectora experta reconoce, relaciona o lleva al texto de la cultura clásica occidental. Ahí quedan —por orden de aparición y uso en el libro— los nombres y determinadas obras de Cicerón, Plinio, Platón, Hesiodo, Luciano de Samósata, Lucano, Herodoto, Tácito, Apuleyo y Horacio, entre otros. De igual modo, ahí quedan, como no podía ser de otra manera, el análisis del sentido de la presencia intertextual e intratextual de algunos fragmentos de la espesa red donde habitan los mitos clásicos con nombre propio como Medusa, Circe, Aurora, Diana, Minotauro, etc., o el estudio del mito de las edades o del laberinto. Y todo ello siguiendo una exposición, clara y muy lógicamente estructurada en sus apartados, que va discutiendo de modo paralelo a la trayectoria seguida por la obra de Francisco Ayala.

Sólo me resta felicitar a Inmaculada López Calahorro por la elaboración de esta hermosa pieza de taracea crítica que va a enriquecer la bibliografía sobre nuestro escritor granadino y va a mostrar a los lectores interesados esos fragmentos de la cultura clásica presentes en la obra de quien podemos considerar un clásico vivo.

Antonio Chicharro.
Universidad de Granada